

La Milicia Aérea Universitaria. Un esbozo de sus peculiaridades desde la óptica del Ejército del Aire

JULIO CANALES MORALES,
Teniente General de Aviación

La necesidad que los países han sentido, en tiempos de guerra e incluso de crisis, de contar con un elevado número de oficiales, constituye el antecedente más remoto de la Oficialidad de Complemento. A esta necesidad, vienen a unirse otros factores de los que quizás el más determinante pueda ser la propia dinámica de los escalafones, los cuales en el supuesto de quedar constituidos exclusivamente por Oficialidad Profesional llegan a sufrir el efecto de estrangulamiento, con su secuela de envejecimiento de las escalas y de insatisfacción profesional de quienes las nutren. Estos efectos y secuelas son patentes en los Ejércitos en tiempo de paz, como resulta fácil comprobar cíclicamente con nuestras propias escalas del Ejército del Aire.



La Milicia Aérea Universitaria nace en 1947 y el primer curso tuvo lugar en 1949, escogiéndose ya entonces como campamento el Aeródromo de Villafraia.

Las circunstancias reseñadas y aun otras han aconsejado a los países a la creación de una Oficialidad no permanente, eventual o de complemento, solución prácticamente adoptada por una buena mayoría para evitar los inconvenientes de numerosos cuadros permanentes.

En España, se reglamenta la creación de la Oficialidad de Complemento en 1919, extendiéndose a la Aeronáutica Militar un año después.

Sin embargo, el antecedente más inmediato de la MAU hay que buscarlo en nuestros Oficiales Provisionales que formaron parte del Ejército Nacional durante la Guerra Civil, precisamente como consecuencia de la necesidad de mandos en períodos bélicos. Y es este antecedente, justamente el que, en conjunto, sirve de base a la Milicia Universitaria en general y a la Aérea en particular.



La formación estaba dividida en dos fases de, aproximadamente, tres meses cada una. Al finalizar la primera eran promovidos al empleo de sargentos.

La Milicia Aérea Universitaria propiamente dicha nace en 1947 para la formación de Oficiales y Suboficiales de Complemento de vuelo, de tierra y de los Cuerpos del Ejército del Aire. El primer curso tuvo lugar en el verano de 1949, escogiéndose, ya entonces, como campamento el Aeródromo de Villafraja y también el Aeródromo de Cue, próximo a Llanes, para llevar a cabo cursos de Vuelo sin Motor.

Hasta septiembre de 1971, fecha en que desaparece como tal la Milicia Aérea Universitaria, se formaron en total 4.864 Oficiales y Suboficiales para el Ejército del Aire, distribuidos en las distintas escalas del Arma y de los Cuerpos.

La formación estaba dividida en dos fases de aproximadamente tres meses cada una. Al finalizar la primera eran promovidos al empleo de Sargento y al acabar la formación al de Alférez, supuesto que hubiesen concluido las respectivas carreras, pasando entonces a las unidades y organismos del Ejército del Aire para prestar su servicio, durante un período de ocho meses.

Un análisis completamente objetivo de lo que fue la Milicia Aérea Universitaria es difícil de acometer y de resultados en todo caso dudosos. Por una parte, resulta difícil y dudoso para quienes como miembros del Ejército del Aire —profesionales o de la propia MAU— no parecerían imparciales en sus apreciaciones; pero es que además, siendo la IMEC-EA su continuación aunque con matices diferenciadores, no se cuenta con la perspectiva suficiente para enjuiciar el análisis adecuadamente.

Los más críticos, que siempre enjuiciarán toda cuestión desde esa óptica, opinan que tanto las modalidades de la formación de los "milicianos", como el servicio que habían de prestar una vez finalizada dicha etapa y la consiguiente carrera dejaron no poco que desear.

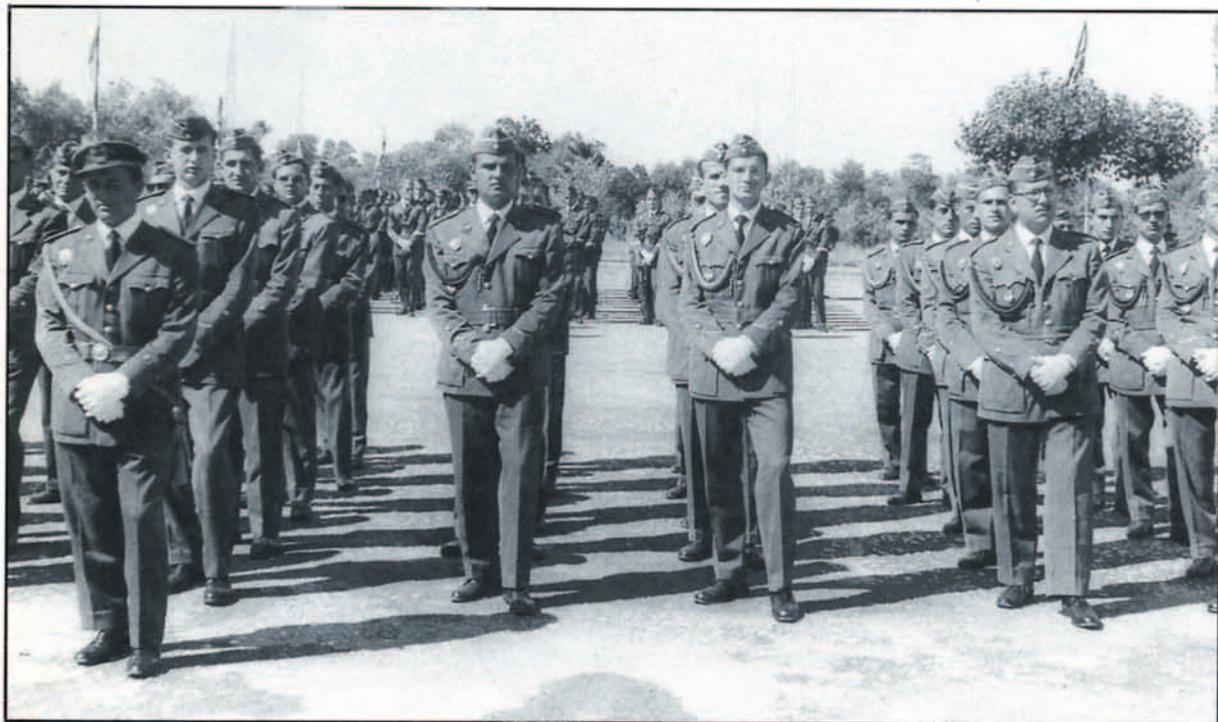
Se ha enjuiciado, en general la formación como incompleta por la falta de continuidad. Ello fue probablemente cierto al estar dividida en dos fases separadas por un año escolar; pero cualquier otra solución hubiese hecho muy difícil encajar debidamente el período formativo. Podría decirse lo mismo respecto de la formación militar, de la instrucción militar y, cuando la hubo, de otros tipos de instrucción como la especializada de vuelo. Aún había que añadir a ello la diferente preparación de los propios alumnos, que obligó a llevar la enseñanza al elemento medio.

La enseñanza tuvo lugar desde luego en un clima de excelentes relaciones humanas entre universitarios y aviadores. Hubo un notable contacto entre la oficialidad y los alumnos, buscando la confianza recíproca, imbuyendo en éstos los propósitos a lograr, en un ambiente de trato abierto y ejerciendo el mando mediante el convencimiento.

La calidad y preparación de los alumnos exigió un notable esfuerzo al conjunto de la organización, pues fue necesario "reclutar" unos cuadros de profesores de mayor preparación. Fue la MAU en su tiempo una especie de ventana abierta del Ejército del Aire ante la sociedad en general y ante la Universidad en particular. De ahí las dificultades que la Dirección de la Milicia Aérea encontraba para fomar año tras año un adecuado cuadro de profesores, ya que los mandos de las unidades encontraban dificultades a la hora de desprenderse de los oficiales de mayor valía. Con todo y teniendo en cuenta las dificultades expuestas puede decirse que la formación que se impartió fue la que probablemente se requería para la Oficialidad de Complemento.

Capítulo aparte, aun cuando ligado a lo anterior, es cuanto se refiere a la enseñanza en vuelo y al vuelo como tal que distinguió claramente a la MAU de sus homónimas de Tierra y Marina. Con excepción de unas pocas promociones iniciales de las que, ya de alféreces, antes de ir destinados a las unidades, efectuaron el Curso de Transformación en las Escuelas de Bardocas (Badajoz) volando el HS-42 y el Gotha y algunos, incluso la fase instrumental del Curso de Vuelo sin visibilidad, la enseñanza en vuelo y la consiguiente capacitación, se ciñó al Curso Elemental.

Y esta posibilidad, por sí misma, de volar e incluso de obtener un título de piloto constituyó un notable atractivo entre los jóvenes que resultó determinante en el número de ellos que prefirieron la MAU a la hora



Al finalizar el periodo de formación y en el supuesto de que hubiesen concluido las respectivas carreras, eran promovidos al empleo de alférez, pasando a unidades y organismos del Ejército del Aire.

de escoger entre los tres Ejércitos. Quizás también esta misma circunstancia haya contribuido a mantener una cohesión evidentemente mayor entre nuestros "milicianos", porque sin duda alguna las horas vividas junto a las "T", los momentos de tensión, la notablemente mayor camaradería que envuelve las situaciones cercanas a lo aéreo, crean una especie de intimidad superior que permea más viva en el transcurso del tiempo.

Con todo, el mayor atractivo quizás de la Milicia como forma de cumplir el Servicio Militar, radicó en sus innegables ventajas frente a la recluta forzosa e incluso frente al voluntariado normal, puesto que no sólo se realizaba facilitando la posibilidad de continuar los estudios, sino que además se mantenía el ambiente universitario en los campamentos y finalmente el tiempo de prácticas se realizaba como Oficial o, al menos como Suboficial. Y aún para la MAU, en concreto, existió como ventaja añadida durante el periodo de formación la realidad de unas condiciones de vida en Villafraía más confortables que las de los Campamentos de Tierra y Marina, entre las cuales no puede desdenarse la proximidad del aeródromo a una acogedora capital de provincia. Todas estas circunstancias unidas contribuyeron a crear una preferencia evidente entre los jóvenes por la Milicia Aérea Universitaria.

Casi a modo de resumen, de pincelada, se ha señalado el por qué de la preferencia de los jóvenes universitarios por cumplir el Servicio Militar en la modalidad de Milicia Universitaria y especialmente en la Aérea. Sin embargo, también debe analizarse siquiera sea igualmente en resumen qué representó la MAU para el Ejército del Aire y, fundamentalmente, qué pudo significar para el conjunto de la Sociedad.

Se ha indicado anteriormente que el nacimiento del sistema obedeció a la necesidad de contar con un plantel de Oficiales de Complemento a imagen y semejanza no sólo de lo ya existente en otros países sino, muy principalmente, como consecuencia de necesidades surgidas en nuestra propia guerra. Muy probablemente hubo otros factores que determinaron la creación de las Milicias, como por ejemplo, y así lo ha destacado alguien, la generalización del espíritu nacional y militar muy potenciado en los meses finales del conflicto y en los años subsiguientes al mismo.

La evolución del pensamiento y del sistema político fue poco a poco modificando estas características. Ni eran tan necesarios ya unos cuadros de Oficiales tan numerosos, ni pervivían aquellas condiciones espirituales que forzaron la creación de las Milicias. Hasta tal punto que incluso con ánimo crítico se llegó a pensar y a decir que los Ejércitos sacaban muy poco rendimiento a los Oficiales de Milicia en relación con el esfuerzo que se aportaba a su formación.

En verdad, con las excepciones que podrían señalarse, resulta evidente que un periodo de prácticas entre 6 y 8 meses no da para mucho. Nada digamos desde el punto de vista de aquéllos, cuyo número llegó a 809, que pertenecieron al Servicio de Vuelo, en momentos en que ya no era fácil la conversión de un piloto elemental en piloto de combate y, por tanto, el número de licencias de pilotos no era en modo alguno



La enseñanza en vuelo y el vuelo como tal era la característica diferenciadora que distinguió claramente a la MAU de sus homónimos de Tierra y Marina.

significativo en cuanto a la consideración cuantitativa y cualitativa del poder aéreo de una nación; pero probablemente nunca se trató de que así fuese, aun cuando, en origen, ésta pudo ser la causa fundamental.

Lo que el Ejército del Aire, sus miembros y la Sociedad toda obtuviesen del sistema hay que buscarlo por otro camino.

En primer lugar debe decirse que para el profesorado y hasta para los Jefes y Oficiales del Ejército del Aire, la Milicia constituyó una oportunidad para relacionarse con subordinados y colaboradores de un nivel intelectual superior a la media que, a la sazón, existía en las unidades y aquéllos a su vez, transmitiendo al potencial humano universitario, directivos del futuro, buena parte del pensar y el sentir de los Ejércitos.

Para el Ejército del Aire, la experiencia, aun saludable en la medida en que lo fue para sus miembros, no puede decirse que constituyese una fuente de apoyos a su misión sobre todo el esfuerzo aplicado. La discontinuidad en la formación y la inoportunidad en la prestación de los servicios en el periodo de prácticas, una vez finalizada la carrera, suponía una pérdida de conocimientos dado el excesivo tiempo transcurrido; y la pérdida de ambientación impedía un adecuado "encaje" en sus destinos y que dieran en ellos el rendimiento que probablemente se había esperado. En todo caso debe quedar constancia de que estas carencias se produjeron en las unidades, fuera ya de Villafraía, por lo que en definitiva, el espíritu del Campamento puede decirse que se mantuvo incólume en términos generales y aún se mantiene hoy en buena medida.

La experiencia y el rendimiento más interesante se produjo desde el punto de vista de la Sociedad; es decir, de la aportación del sistema a la Sociedad, aunque habrá también quien diga, y no sin razón, que debió estimarse y exigirse una mejor y mayor aportación.

Es tradicional o histórico el divorcio entre la Universidad y la Milicia; entre las armas y las letras; entre la duda característica del saber científico y la seguridad absoluta que entrañan las decisiones militares. Probablemente, entre ambas posturas ninguna es en sí misma rigurosamente la mejor, sino que como tantas veces, la postura adecuada ha de buscarse en un compromiso entre ambas. Como siempre, el problema de los límites, el problema del equilibrio entre distintas y aun antagónicas concepciones.

En una Sociedad equilibrada las armas y las letras tienen su sitio; por duro que parezca, mucho más en nuestros días, la guerra ha constituido, en la historia, un indiscutible factor de progreso e incluso de acercamiento entre los pueblos a veces entre los mismos contendientes.

No tiene por qué denunciarse un pretendido antagonismo entre dos concepciones distintas, pero que se han revelado tantas veces complementarias socialmente.

El acercamiento entre la Universidad y los Ejércitos del que una de las fórmulas pudo y puede ser la forma de prestación del Servicio Militar característica de las Milicias resulta necesario o cuando menos conveniente, o cuando menos no imposible.

Son notorias las aportaciones de la Universidad americana a los fines de la Defensa; como lo fueron

durante la Segunda Guerra Mundial en el Reino Unido, para resolver científicamente problemas militares y que en buena medida contribuyeron a modificar favorablemente el curso de operaciones hasta entonces resueltas con ventaja para el adversario.

Las colaboraciones en sentido contrario en otros países son también abundantes y se han producido incluso en España en numerosos programas de investigación, pero ¿es o ha sido ésta la dimensión y el alcance que cabe deducir para la propia Sociedad de la existencia de la MAU? Rotundamente no se pretendió tanto, ni por supuesto se consiguió tanto.

Se trató y se trata de un mayor mutuo conocimiento entre ambas Instituciones, Universidad y Ejército, máxime en momentos en que la Sociedad se ve invadida de sentimientos pacifistas cuando no antimilitaristas. Es requisito previo al aprecio y al afecto el conocimiento. Y justamente lo que se ha venido detectando y se profundiza más y más es un sentimiento de indiferencia por falta de un adecuado conocimiento, entre militares y universitarios.



La posibilidad de volar e incluso de obtener un título de piloto, constituyó un notable atractivo entre los jóvenes, que resultó determinante para que prefirieran la MAU a la hora de escoger entre los tres Ejércitos.

En esta España y en el seno de esta Sociedad que nos ha tocado vivir, al menos hasta que se produjese la integración en un orden nacional de naturaleza superior, si ello tiene lugar, la conciencia de ser español, de amar lo español, a nuestra historia, a nuestra lengua, a nuestros hábitos, a nuestra cultura en fin, depende en gran medida de la aportación que se derive de todo el sistema educativo. Y en este sistema, ocupan su lugar no sólo las familias, las escuelas, los institutos, sino también la Universidad y las Fuerzas Armadas. El grado de conocimiento entre ambas Instituciones es determinante para que al menos no impere la indiferencia entre los miembros de unas y otras.

Esa fue, y probablemente debe ser, la mejor consecuencia de la creación de la Milicia Aérea Universitaria. Desde su nacimiento, bastantes miembros del Ejército del Aire han pasado por distintas facultades de nuestras universidades, unos becados por la Administración, otros sacando tiempo de su ocio y descanso para perfeccionar sus conocimientos, y todos ellos aportando su grano de arena en la labor, probablemente involuntaria de acercarnos más y más al espíritu y al saber de la Universidad.

La forma de cumplimiento del Servicio Militar en modalidad similar a la de las Milicias continúa con la IMEC; las posibilidades de acercamiento mutuo, también. En todo caso, queda el espíritu de la vieja MAU, de los hijos de quienes pasaron por Villafraja y de asociaciones nacidas de aquella experiencia que pueden perpetuar espíritu y acercamiento. Es tarea y responsabilidad de los hombres que estas posibilidades no se desaprovechen. ■